

Discurso Día de la Fundación pro Real Academia Española

Luis M. Linde
Gobernador

Madrid, 17 de octubre de 2014

Majestades, señor ministro, académicos, señoras y señores:

En esta mañana de tantas y tan importantes conmemoraciones permítanme que sume a ellas una celebración más: la del Día de la Fundación pro Real Academia Española, que, con el apoyo permanente y fundamental de la Corona desde la presidencia de honor, el Gobernador del Banco de España tiene el privilegio y la responsabilidad de presidir.

Desde su creación bajo los auspicios del rey don Juan Carlos, hace ya veintiún años —se cumplen dentro de tres días, el 20 de octubre—, la Fundación dedica una jornada anual a sus patronos y benefactores. Un día especial, y ninguno más solemne que el de hoy, para expresarles, a todos ellos, nuestra gratitud y reconocimiento por la inestimable ayuda prestada a lo largo de estas dos décadas.

Particulares, empresas e instituciones, entre ellas, los gobiernos de todas las Comunidades Autónomas, han contribuido a hacer viables proyectos de gran relevancia para la Academia, que, seguramente, no habrían sido posibles sin su generoso respaldo. Gracias, por tanto, a todos, muchos de ellos, presentes hoy aquí en esta solemne sesión.

Al igual que otras muchas instituciones de nuestro país, la Real Academia Española ha tenido que adaptarse a las

restricciones impuestas por la crisis económica que se inició en 2008. En estas circunstancias, hay que resaltar la discreción, la capacidad de adaptación y el buen ánimo con los que han afrontado la situación sus órganos de gobierno, sus Directores y todos sus miembros.

En 1993, cuando se creó la Fundación, su primer presidente, el entonces Gobernador del Banco de España y gran figura universitaria, nuestro inolvidable Luis Ángel Rojo, señaló que la Fundación pro Real Academia Española nacía para apoyar a la Academia en todas las circunstancias y, naturalmente, más aún, en las difíciles. Hay que reconocer que quienes tuvieron entonces, con el rey Don Juan Carlos a la cabeza, como primer firmante y primer donante, la feliz idea de crear la Fundación, fueron bien previsores. Aquella iniciativa ha prestado una ayuda crucial a la Academia para seguir adelante, a pleno rendimiento, en sus diferentes tareas, siempre con la misma finalidad: el servicio a la lengua española, patrimonio común de quinientos millones de hispanohablantes.

La Academia ha superado épocas difíciles, momentos adversos —basta acercarse a la *Historia* publicada recientemente por don Víctor García de la Concha para conocer las zozobras del pasado—y no tenemos ninguna duda: seguirá encontrando siempre el camino más adecuado para superar las dificultades.

Hace apenas un mes, Señor, en la primera reunión del Patronato que presidisteis, tuvimos la oportunidad de analizar con Vuestra Majestad nuestra realidad actual, con el fin de sentar las bases que nos permitan encarar los desafíos del futuro. Señalasteis

entonces algo que hoy también se ha subrayado aquí, con la presencia de los directores y presidentes de las veintidós corporaciones que forman la Asociación de Academias de la Lengua Española:

«La colaboración y el consenso entre todas las Academias — fundamento de lo que se ha denominado política lingüística panhispánica— es clave para que el español continúe creciendo y consolidándose como segunda lengua de comunicación internacional».

Todos coincidimos en este objetivo, que es el mismo que ya defendió el rey don Juan Carlos, en la sesión constitutiva de la Fundación, cuando, refiriéndose al compromiso de esta Casa, decía:

«De pocas instituciones puede señalarse una entrega tan dilatada en el tiempo, y también en el espacio, teniendo en cuenta la proyección trasatlántica de los trabajos académicos».

Hace poco se cumplieron cuatro siglos de la publicación del *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, nuestro primer diccionario y, por cierto, el primero en una lengua romance, cuyo autor, Sebastián de Covarrubias, lo dio a la imprenta en Madrid, en 1611, reinando Felipe III. La Real Academia Española recibió hace tres siglos el encargo de cuidar y proteger ese tesoro, que no ha dejado de enriquecerse y crecer, en todos los sentidos, desde entonces. La Real Academia ha cumplido de forma espléndida con la encomienda y estamos seguros de que seguirá asumiendo, fiel y brillantemente, esa gran responsabilidad. Nuestra Fundación

estará, modestamente, a su lado para ayudar en todo lo que esté a su alcance.

Hoy habéis recibido, Majestad, la vigésimotercera edición del *Diccionario de la lengua española*, que llega a las librerías de América y España bajo un lema esperanzador: «Las palabras que nos unen». Sólo me queda añadir: que así sea.